

LO PREFERIBLE

Los partidos ilegales decidieron abandonar la realización última del proyecto de Ruptura democrática, que ellos habían creado e impulsado, para acogerse al de la Reforma liberal, diseñado y animado por el Gobierno de la Monarquía dictatorial. Hicieron, pues, una elección voluntaria. Esta elección política, como todas las de su género, estuvo determinada por motivaciones pasionales o sentimentales. Lo que no excluye que, en las mociones de las voluntades de partido, intervinieran también factores racionales, correctos o erróneos, en el cálculo de las ventajas y desventajas que uno y otro proyecto entrañaban a corto plazo (nadie pensaba en enero de 1977 desde perspectivas alejadas en el tiempo), para las ambiciones personales o de grupo. Pero incluso estos cálculos racionales, entendidos como juicios de adecuación de medios a fines, estuvieron dictados por el sentimiento y no por la razón. De otro modo no podría entenderse que hombres de la experiencia y la inteligencia de Gil Robles y Carrillo, emprendieran carreras precipitadas por una senda que, previsiblemente y a la luz de la razón, les llevaría inexorablemente al suicidio político personal y al despeñamiento de los partidos por ellos liderados. Lo que nadie podrá discutir es que los partidos ilegales, al elegir uno de los dos caminos, se inclinaron por una preferencia. La Reforma fue preferida, en tanto que era un «valor». La Ruptura preterida, en tanto que suponía un «disvalor».

Es absurdo buscar en la razón, o en la racionalidad, una «lógica de la preferencia» para la elección política, como ha pretendido la doctrina norteamericana apologética de la opción ganadora. Tal filosofía entró en la cultura española con el libro homenaje al profesor Aranguren. Su principal introductor, Javier Muguerza, comprendió la coherencia de esa doctrina con la ética relativista de la situación. Y para coronar la píldora de la Reforma con el laurel «revolucionario» de la Ruptura, llegó al extremo de decir, en el mismo año de la traición de la izquierda a sus ideales, que esa racionalidad, sin esperanza en la razón, será revolucionaria en tanto que «capacidad para hacer frente a situaciones inéditas, como son siempre las revoluciones científicas o sociales». Aunque Muguerza admite la imposibilidad de construir un modelo formal de «Preferido racional» que pueda guiarnos en las elecciones, o en la justificación de nuestras decisiones, cree sin embargo que ese extraño ente de razón es menos peligroso que cualquier dogmatismo. La ideología de la justificación racional de la Transición, por parte de la izquierda editorial que promovió la Reforma pactada, nació al mismo tiempo que ésta.

No contestaré la hipótesis de Muguerza desde mi punto de vista, sobre lo «preferible» en la elección política, que es el de las pasiones y no el de las razones. Basta con situarse en su propio campo intelectual



propia doctrina de la preferencia, hubiesen reunido, en los primeros días de 1977, tres requisitos: ser suficientemente libres, estar suficientemente informados y ser suficientemente imparciales. ¿Libres, siendo clandestinos? ¿Informados, hablando de ruidos de sables y peligros de guerra civil? ¿Imparciales, siendo partidos en busca de poder para sí? Y falta la principal condición para atribuir racionalidad a una acción moral: conocer suficientemente las consecuencias del acto propio y quererlas. ¿Las conocían Gil Robles, Carrillo y Tierno respecto al porvenir de sus respectivos partidos? ¿Las conocía González respecto a la corrupción que sigue, como la sombra al cuerpo, a la institución de poderes oligárquicos? ¿Las conocía Suárez respecto al café para todos?

Antonio GARCÍA TREVIJANO

UNA LETRA PARA EL HIMNO

El espectáculo del Santiago Bernabeu del pasado sábado, completamente lleno, repleto de banderas españolas, será difícil de olvidar. Ni el mosaico que se realizó con los colores de la Enseña Nacional y, sobre todo, las más setenta mil voces acompañando los acordes de nuestro himno ya que cantarlo no podían, porque, sencillamente, no tiene una letra aceptada por todos y ajustada a los tiempos que vivimos. En los primeros años de nuestra democracia, reivindicar lo español, la Bandera, parecía algo que entroncaba con la dictadura. Además, los separatistas de distinto pelaje que pulularon por el solar patrio, y sectores de la izquierda, se preocuparon, y se preocupan, de estigmatizar

los símbolos de España. Valga como anécdota lo ocurrido hace unos días en un pub de Santiago de Compostela. Según le cuentan a Juan Bravo, una persona que llevaba una camiseta con la bandera española junto al símbolo de la Corona, fue tachada de «facha». Es cierto que ha habido complejos en el pasado, pero la España de hoy ya los ha superado. Los miles de jóvenes que se dieron cita en el Bernabeu, nos dieron un magnífico ejemplo. Tararearon con fuerza nuestro himno, pero les faltaba la letra. A J.B. no se le ocurre cómo se puede articular todo esto, pero seguro que alguien tiene una buena idea.

Juan BRAVO



FRAUDE EN YUGOSLAVIA

Se anunciaba ruidosamente: «Hay peligro de fraude en las elecciones yugoslavas». Lo proclamaban los medios de comunicación en una amplia campaña debidamente orientada y programada, los grandes líderes occidentales lo avisaban amenazadoramente: «Cuidado. Va a producirse el fraude». Se han realizado las elecciones y el anunciado fraude ciertamente ha tenido lugar. Pero no exactamente aquel al que se referían anticipadamente líderes y medios de comunicación, portavoces de éstos, sino otro inverso, que ellos mismos habían tramado y consistía en que los comicios se realizaran no en una peligrosa libertad, sino bajo coactiva presión.

¿Puede considerarse que han sido elecciones libres las desarrolladas en Yugoslavia, cuando la Unión Europea y los EEUU expresaban su voluntad de levantar las arbitrarias sanciones económicas, sólo en el caso de que Milosevic fuese desplazado del poder? Unas sanciones, mantenidas ferozmente, frente a lo único que hubiese sido obligatorio: la reparación de los daños causados por los bombardeos de la OTAN. ¿Es lícito considerar que las elecciones yugoslavas han si-



do libres, cuando en las fronteras del país se realizaban maniobras militares intimidatorias por las fuerzas de las grandes potencias, advirtiendo la posibilidad de intervenir si el resultado no era el deseado? Deseado no precisamente por los

yugoslavos, sino por sus protectores, es decir, por quienes querían convertir a Yugoslavia en un protectorado del Imperio EE UU-OTAN-Alemania.IV Reich.

Estos han sido los fenómenos más exteriores y manifiestos. Pero acompañados por otros de manipulación interna, que no dejan de aflorar. Incluso por comentaristas que alaban el resultado de las coaccionadas elecciones, se confiesa que Kostunica es un producto fabricado por la Administración de los Estados Unidos. La cual ha gastado 100 millones de dólares en organizar su propaganda y su campaña. Se ha reconocido la sospechosa celeridad y volumen con que las cadenas de EE UU, lanzaron la derrota de Milosevic. Pero se ha silenciado que su partido ha obtenido mayoría de escaños en el Parlamento.

El calificativo de «tirano» aplicado a Milosevic ha sido difundido. Mi información sobre Yugoslavia desgraciadamente no me permite juzgar a este político, a diferencia de los que, aún con menor información, repiten como loros este tan grave apelativo. Pero hay algo meridiano claro: quienes están llamados a pronunciarse sobre Milosevic son los propios yugoslavos, que lo eligieron presidente por tres veces. Y este juicio sólo puede producirse en unas elecciones libres. No como éstas a que últimamente hemos asistido. Y en las cuales a Yugoslavia y a su ciudadanía se les ha arrebatado el derecho a decidir, y ser tratados como un país soberano. ¿Soberanía?: Es una realidad que desgraciadamente en el mundo actual parece una utopía, cuando los Estados se convierten en provincias del Imperio, pero que en el caso de Yugoslavia ha sido borrada con el intervencionismo más descarado y sangriento.

¿Sangriento? También se repite que Milosevic es un criminal de guerra. No deja de ser escandaloso que quienes arrojaron un torrente de fuego sobre un país no sean considerados tales. Las víctimas se convierten en verdugos. Porque en el brevísimo tiempo transcurrido desde la agresión de la OTAN, han ido apareciendo los datos que desmienten la pretendida justificación —si alguna justificación hubiera cabido— de la brutal agresión. Las fosas de cadáveres han desaparecido, nunca han sido encontradas. La supuesta limpieza étnica unilateral se ha mostrado como un conflicto entre rivales, lamentables, sin duda, pero en que la OTAN lo único que consiguió fue invertir el juego de fuerzas y determinar una represión inversa. Estamos ante un capítulo más de la tragedia desarrollada sobre el territorio de la antigua Yugoslavia de Tito. Y sus mayores responsables han sido los voraces apetitos exteriores, el de Kohl y Woytilla, fomentando la escisión de Croacia y Eslovenia, la de los EEUU, buscando instalar nuevas bases sobre esta zona de Europa. Y las mayores víctimas los heridos y hoy amordazados yugoslavos.

Carlos PARÍS